

hábil para todo, muy hacendosa, ó como dice señora Juana, *muy mujer!* Es la alegría de la casa. Parece un pajarito que á todas horas está cantando. Nos tiene un cariño, un amor... que... ¡si te digo que parece de la familia! A Carmen la cuida al pensamiento. Es muy viva, muy sabia; escribe que es un encanto. Ya conoces su letra; ella escribe cuando yo estoy con la jaqueca. La pobrecilla ha sido muy desgraciada. Dios le dé un buen marido!...

—Pues rezarle á San Antonio...
—Lo merece, hijo, lo merece.
—Ya tendrá novio, ¿verdad, tía Pepa? O, por lo menos, sus amarellosos...
—¿Qué? ¿qué dices?
—Que ya tendrá novio...
—¿Novio Angelina? ¡Por Dios, Rorró! ¿Qué otro vienes!
Y en tono dulce y suplicante agregó:
—¡Ay, Rorró! No hagas malos juicios de las personas...
En aquellos momentos llegó la joven. Tímida y cortada se detuvo en el umbral; bajaba los ojos, y el parecer distraída jugaba con la punta del delantal.
—¿Me llamaba usted, doña Pepita?—dijo.
—Sí,—respondió mi tía,—para que conozcas al sobrino. ¿No deseabas conocerlo? Pues aquí lo tienes. Ya lo ves.
La doncella murmuró una excusa. Mi tía continuó, dirigiéndose á mí:
—Aquí tienes á la que, con esas manecitas, te hizo las camisas que te gustaron tanto; la que bordó aquellos pañuelos que te mandamos de cueña el día que cumpliste diez y siete años. ¡Mentira parece! Y quien te conoció, así, chorrriquín, que cabías en un azafate...
Elogió las habilidades de Angelina. Esta, confusa y contrariada, no alzaba los ojos para verme.
Mientras señora Juana ponía delante de mí el café, el pan, la mantequilla, y no recuerdo que más, y en tanto que la tía Pepa me servía, admiré á la joven. Era alta, esbeltísima y arrogante; había en ella esa externa y encantadora debilidad de las personas sensibles y delicadas que reside en todo el cuerpo y que se revela en todos los movimientos. Su rostro era de lo más distinguido. Pálida, con palideces de azucena, aquella carita fina y dulce se hacía casi mármolea por el contraste que producía en ella lo negro de los cabellos, lo esquivo de las cejas. Permanecía con la vista baja, con cierto aire gazmoño, sí, gazmoño, que no me hizo buen efecto.
—¿Cómo hacer para que no me dejara ver sus ojos?
—Vea usted, vea usted, Angelina... —dije precipitadamente,—ese pajarito que está bañándose.
Volvió el rostro, levantó la cabeza y miró hacia la jaula.
—Ese es el que ha estado cantando?
—Ese!—contestó volviéndose á mí.
—¡Qué hermosa! Ojos negros, luminosos, húmedos; nariz delgada, fina, correctísima; boca agraciada; mejillas en las cuales se dibujaban apenas lindos hoyuellos, que más acentuados, al reír la joven, serían encantadores.
—¡Buen cantante!—dije, mirando el pajarillo.
—La molestaría un poco. Desde muy temprano se suelta cantando. A veces—agregó, haciendo un mohín risueño,—está insubrible.
Pude gozar entónces de la belleza singular de aquella boca hoyuelada, de aquellos labios rosados que dejaban ver, al plegarse dulcemente, una dentadura irreprochable.
Mi tía Pepa se entretenía con el chocolate, y yo me servía en una rebanada de pan la fresca ó incitante mantequilla.
La anciana, como si quisiera establecer entre nosotros una corriente de recíproca simpatía, exclamó después de engullirse una sopa.
—Oye, Angelina: Rodolfo está muy contento de las camisas que le mandamos, y dice que nadie las hará mejores. Elogia mucho las marcas de los pañuelos, y...
—Ay, señor!—murmuró la joven, trémula y levemente sonrojada.
—Y dice también...—prosiguió la san-

ta señora, en un arranque de indiscreta sencillez,—dice... que...
Comprendí la inconveniencia de mi tía, y la interrumpí:
—Tía, ¿qué tal, está bueno el soconusco? Pero ella no me oyó, ó no quiso oírme.
—Dice que sí ya...
—Tía!—exclamé sin poderme contener; —Eso no debe decirse!
—¡Adiós! ¿Y por qué no?
—Porque no.
Angelina, turbada, nos veía con pensosa curiosidad.
—¿Qué tiene eso! Dice que si ya tienes novio?
La doncella se estremeció de pies á cabeza, se encendió como una amapola y bajó los ojos avergonzada.
—No, no, no... —repetió entre dientes.
—Ya lo ve usted, tía. ¿Qué malos ratos le hacemos pasar á esta buena niña!...
Oyóse el repicar de una campanilla. Tía Carmen llamaba. En esto encontró la doncella su salvación.
—Usted perdónese... —dijo,—la señora necesita de mí.

Arrodillado delante de la enferma conversé largo rato. La pobre anciana, aunque dulce y cariñosa, en realidad fué siempre áspera y severa, acaso agria. Contábase en la familia, que en su primera juventud se distinguió de su madre y de mi tía Pepa, por lo festivo de su conversación, por lo dulce de su trato. Alegre y bulliciosa, muy dada á fiestas y saraos, encanto de toda buena sociedad, á los veinte años se tornó silenciosa, reservada y melancólica. ¿A qué se debió tal cambio? Ello es que la Carmelita, (así la nombraba el abuelito,) renunció á los espectáculos, moderó su lujo en el vestir, se apartó del trato de sus compañeras, y engrosó las filas de las solteronas, innumerables en Villaverde. Pero no era como ellas, murmuradora y amiga de censurar á todo bicho viviente, vicio de cortijos y poblachones, donde no se vive más que para espiar á los vecinos y relatar diariamente cuanto éstos hacen ó dejan de hacer. En mi tía Carmen no arraigó la murmuración ni halló tierra propicia la maledicencia, acaso porque á la nobleza de su alma repugnaba todo lo bajo y miserable. Por lo contrario, en todas ocasiones salía en defensa del ausente, desgarrado en su buen nombre por las tijeras del gremio solteril. De aquí que todos la quisieran y la respetaran; y de aquí, sin duda, que nadie, ó muy pocos, gustaran de penetrar en los misterios de aquel cambio de carácter, para ninguno inadvertido, que más que tal era resultado de una resolución hija de una voluntad inquebrantable y firme.

Se dijo,—así me lo contó una vez don Basilio,—que todo provenía de un desengaño amoroso. Tía Carmen no tuvo, como todas las muchachas de Villaverde, muchos novios; para la festiva y bulliciosa señorita, el amor era cosa muy grave y muy seria, con la cual no debía jugarse, sino algo único en la vida que se alcanza vivo, noble, duradero y dichoso, que asegure la felicidad ó resulta malogrado, pasajero ó infeliz, y al cual todo corazón bien puesto, toda alma elevada debe permanecer fiel en todos los instantes de la vida, hasta la hora de la muerte. Fué el caso,—respondió de la historia el señor alcalde,—que mi tía residió en Pluviosilla varios años, á la sazón que mi abuelo desempeñaba allí un importante papel político. Como era natural, no le faltaron á la tía Carmita muy finos galanes, donceles amarelados que no la dejaban ni á sol ni á sombra; que desde la esquina le hacían unos osos fenomenales; que la seguían á todas partes, lo mismo á las distribuciones piadosas en la Iglesia de San Francisco que todos los domingos á la misa de diez en el templo de San Juan de la Cruz, que era en aquel año la preferida de todas las muchachas lindas y en prinzanza, como ahora, en estos felices días, lo es la misa de ocho en Santa Marta. En un paréntesis agregaba el señor alcalde, que mi tía era uno de los palmitos más codiciados de la piadosa y próspera Pluviosilla.

Y no lo dudó; en la familia se conservó, durante muchos años, una miniatura hecha en Jalapa por Castillo, una miniatura que, al decir de mi abuelo, era de un mérito singular; en la cual aparecía la Carmita con una hermosura y una cierta majeza dignas del pincel de Goya. Majeza y hermosura que nada tenían de ordinaria, vulgar y provocativo; cierta gracia andaluza, sevillana, que robaba las miradas y cautivaba el corazón.
Había que verla en aquel retrato: amplio el escote; corto el talle; desnudo el torneado brazo; ricitos en las sienes; rica, donairoza mantilla, y ladeada peineta de boca de olla; ni más ni menos que la reina doña María Luisa. Con razón los pisaverdes y lechuguinos de Pluviosilla se bebían los vientos por mi hechicera tía!

Sucedió, lo que tenía que suceder, (aquí entra lo más importante de la historia del señor alcalde,) que un gallardo capitán, guapo, discreto, elegante como el que más, logró clavarse una saeta en aquel corazoncito de roca, y conseguir que la rubia Carmita pusiera alma y vida en el brillante y colicido oficial. Hallóse éste en un sarao, bailó con ella una contradanza y una ceremoniosa cuadrilla, declaró su atrevido pensamiento, y la señorita dijo terminantemente que estaba dispuesta á dar la blanca mano á su admirador, siempre que el afortunado galán (que la escuchaba atasándose el andaz bigote,) se dirigiera, como hacerlo debe todo caballero de altas pretensiones, al jefe de la familia, al señor mi abuelo. El galán, á quien abonaban no sólo particulares prendas, sino también nobilísimo abuelo, habló con su jefe, y con toda solemnidad pidió la mano de la señorita. Todo se arregló á maravilla; dispusese ya la boda cuando estalló en el interior un pronunciamiento. El regimiento tuvo que salir de Pluviosilla, y el matrimonio quedó aplazado. De todo esto nada se sabía en la ciudad. La familia hizo de ello un misterio, y los murmuradores se contentaban con repetir que el capitán Fuenleal estaba loco por mi tía, pero que ésta, envaneida y orgullosa de su hermosura, jugaba con el corazón de su amarelado, sin dejarse coger en las amorosas redes, sin dar prenda que la comprometiese más tarde. Pasaron los días, los meses y los años, y nada supo Pluviosilla del capitán Fuenleal. Unos contaban que había muerto en campaña, después de batirse como un héroe; otros, que pereciera en un duelo á que le llevó una aventura escandalosa; quienes, que se había casado en Guadalupe con una rica heredera; quienes, que estaba procesado por un delito que la Ordenanza castiga con pena de muerte. Hasta que un día la rubia Carmita dió en vestir lutos, y lutos fueron por toda su vida. Parece cierto—así lo asegura don Basilio,—que Fuenleal pareció en un duelo; pero no garantiza que fuese por causas de escandalosos amorfios ni por altos motivos de pundonor militar. Mi tía permaneció fiel á la memoria de su único amor, fiel á su brillante y apuesto capitán.

Esta es la historia de la pobre anciana; á esto se atribuye su cambio de carácter, la melancolía de su rostro, sus vestidos de luto, su acritud y su aspereza aparentes. —Ea una rosa,—decía don Basilio,—una rosa que de un día para otro se convirtió en cardel.
Conmigo siempre agria ó intolerante hasta que dejó la casa paterna, hoy, acaso fuese por los sufrimientos de la enfermedad, se mostraba dulce, afable, tierna. Se afanaba en mimarme; se complacía en satisfacer el menor de mis caprichos, y ya no sabía qué inventar para tenerme contento.
—No, hijito,—decía,—nosotras hemos sido contigo lo que debíamos ser; hemos hecho las cosas de madre. Haz lo que quieras; estás en tu casa; eres como el jefe de la familia. Aquí estamos para servirte y obedecerte. Pero qué, ¿vas á salir con ese traje?—agregó viéndome el mío empolvado y sin alfiño.—No, vístete otro mejor. Andrés trajó ya el baúl... Vístete; sal á pasear, á que te vean...
Y al oírme que deseaba yo ir á vagar por los egidos de Villaverde y por las márgenes del Pedregoso:

—Pero, dime: ¿estás loco? No; eso será otro día! Ahora, ponte elegante y sal á visitar á los viejos amigos. Ni un día ha pasado sin que pregunte por ti. Visita á don Román, tu maestro; al doctor Sarmiento, que es tan bueno con nosotras; á don Basilio, que te quiere tanto; al Sr. Fernández... No, á eso no, porque no te conoce. Es el dueño de la hacienda de Santa Clara. ¡Muy buena persona! Ya irás con Pepa. Ya verás, tiene una hija como una plata. Aquí no le faltan pretendientes... Ya la conocerás... Almorzaste bien? Pues anda, vístete, y sal á pasear.
Hubo que obedecerla. No venía muy provisto el baúl; no había en él mucho con que engalanarme; pero en dos por tres, con ayuda de tía Pepa y de Angelina, saqué la ropa, y pronto me presenté delante de la enferma hecho un veneciano.
—¡Eso es, así, como persona decente!—dijo.
Tía Pepa y Angelina me seguían. Una me veía de arriba abajo con aires de satisfacción maternal. La doncella, desde la puerta del corredor, donde los pajarillos cantaban alegremente, me miraba con interés. Cuando yo volvía el rostro, ella fingía componer una planta que en el perfil lucía hermosos ramilletes de encendidas flores.
Ya en la puerta me gritó tía Pepa:
—¿A qué hora vuelves? Te esperamos á comer.
Al fin de la calle me ocurrió regresar para ir á la casa del doñaine. Angelina estaba en la ventana. Sin duda había salido á verme.
Al pasar la saludé. Díjole algo que la hizo sonreír.

¡Qué tenía en el rostro la doncella que me trajo á la memoria la angelical figura de Matilde, la dulce niña de mi primer amor!

VI

Villaverde es una ciudad de ocho mil habitantes. Situada entre los repliegues de una cordillera, en un valle pintoresco y dilatado; circundada de risueñas colinas y de montes altísimos, Villaverde, como la isla de Calipso, goza de una constante primavera. No agostan calores estivales la mullida grana de sus dehesas, ni los vientos glaciales del Otillapepé marchitan la exuberante lozanía de sus forestas. Para ella no hay más que dos estaciones: la que engalana los campos con los dones de Abril, y la pluviosa que roqueva los no empalidecidos verdores de las selvas y de las llanuras.
Allá por las últimas semanas de Septiembre acababan las lluvias diarias y copiosas, los cielos se despejan, y principia lo que suelen llamar los villaverdinos el *verano de Octubre*, frescos y hermosos días cuyas alegres y limpiadas mañanas y cayos crepúsculos áureos y nacarados vienen á ser como la nota resojada de la elegante sinfonía otoñal.
Después las brumas entristecen los paisajes, y con ellas, puntales mensajeras del plañidero Noviembre, llegan á las dehesas y se esparcen por laderas y rastros las flores amarillas.
Repentinamente, una mañana, los campos aparecen como espolvoreados de oro de Tibet, y los picachos y las cumbres se envuelven en gases blancos.
Así durante los meses invernales. A fines de Febrero las nieblas se remontan, y se van, para que las montañas luzcan sus nuevos trajes, el vistoso atavío con que se engalanan los árboles al advenimiento de la primavera, la cual se acerca precedida de arrasantes huracanedos vientos que se llevan las frondas caídas, siegan las ramas muertas, hincan con su hábito vivíficos y brotes y aclaran el desarrollo de los capullos.
Estos vientos huracanados recorren los valles, bajan al fondo de las hondonadas, barren las llanuras é inundan de mil aromas la ciudad: olores de fragancias y musgos, esencia de azahar, suave liquencia de liquidambar y de mil flores campesinas.
Id entonces al Escobillar; subid á la cercana colina, y gozaredis del más hermoso panorama; trepad á lo más alto, y tendréis oca-

sión de admirar la fecunda vega del Pedregoso, celebrada mil y mil veces por los poetas de Villaverde, y cantada en hexámetros latinos y en líras arcaicas por el *posposímico Ocerón*.
Imagínase una lanura siempre verde, limitada en todas direcciones por obscuras montañas y risueños collados. El tono subido de los bosques hace resaltar el tinte alegre de los prados y de los campos de caña de azúcar.
El Pedregoso, gárrulo y cantante en las quebradas, sesgo y cerúleo en los planos, corta en dos partes la ciudad. Sinuoso aquí, recorta allá, corre como una sierpe hacia la barranca de Mata-Espesa, libre de arboledas en algunos sitios, oculto en otros por las alamedas y los naranjales.
Desde lo más alto de la colina del Escobillar veréis la ciudad como un juego de domínos esparcido en un tapete verde, cortada por la cinta plateada del río á cuyas márgenes se agolpan caserones y templos.
¡Singular alegría la de aquel valle! ¡Espéndido el panorama de aquel paisaje en que se mezclan y confunden las serenidades de la tierra fría con la vegetación abramadora de las regiones cálidas! Pero ¡ay! no busqueis en los habitantes de Villaverde una alegría placentera, como pudierais esperarla, en armonía con la naturaleza; no busqueis allí caracteres regocijados, espíritus afables y risueños; Villaverde es la ciudad de los espíritus desalentados y melancólicos; es la ciudad de las *almas tristes*.

¿Cosa del clima? No; porque ciudades de la misma región y de naturaleza idéntica son animadas, alegres y festivas, *juvencas*, como decía el *posposímico Ocerón*. Los villaverdinos son de semblante triste; en sus labios tiene la risa dolorosa expresión, como en gentes contristadas y pesimistas. Se me antojan prematuramente envejecidos, seres desventurados para los cuales murió en crisálida la mariposa azul de las juveniles esperanzas.
Esta tristeza de las almas, en contraste con el risueño aspecto de los campos, trasciende á todo, á los edificios, á las calles, á los trajes, á las personas, á su trato, á sus maneras y á su lenguaje.
Los villaverdinos no se entusiasman por nada; hay en su vida algo,—ó mucho—de la inmovilidad budística, sólo comparable con esas lagunas adormecidas en cuyas aguas, eternamente limpiadas y serenas, se retratan como en un espejo clarísimo las copas de los árboles, los pompones de la enea, la obscuridad de las cercanas espe-uraz; lagunas perdidas en lo más recóndito de los bosques, muertas, heladas, sin peces ni ovas, que cualquiera crearía de cristal; que no se estremecen al beso de la luz meridiana; cuyo reposo no turban esfirrillos jugueteones ni huracanes bravíos.
Son los villaverdinos un tesoro de virtudes. En su mirada se transparentan la mansedumbre y la benevolencia, es en ellos ingente la piedad, y á par de ésta sobresale la resignación. Pero el sentimiento religioso no es en las almas villaverdinas plácido y activo, sino, por lo contrario, lóbrego, apacado, melicólico, y la abnegación y la caridad, las grandes virtudes del cristiano, fuente de alegría en todas partes, en Villaverde, aunque espontáneas, tienen no sé qué de forzadas que en ocasiones causan disgusto y repugnancia.
De todo recelan los villaverdinos; á nadie conceden su confianza; todo se lo temen de los extraños, tanto lo malo como lo bueno; nada les place; todo lo censuran; á nada se atreven por miedo á los demás; viven con el día y nunca piensan en el venidero.
De aquí que no prosperen ni adelanten; de aquí su mezquindad y su pobreza vergonzantes. Son una especie de *cristianos fatalistas*. Lo que ha de suceder, sucederá, y no su cederá de otra manera. Por eso no medran ni progresan; por eso lo malo se perpetúa y reina soberano en Villaverde; por eso allí los alcaldes son perpetuos y las bodas muy raras, y por eso allí nada cambia ni varía. Villaverde es una ciudad en petrificación. Pueblo por excelencia agrícola, mira cultivados sus campos como hace cien años, rinde los mismos productos, cosecha los mismos frutos, y gasta y

consume hoy lo mismo que gastaba y consumía hace veinte lustros.
Las casas como cortadas por el mismo patrón; los trajes iguales; las caras parecidas; unísonas las voces. Los varones, agrios, displicentes, huraños, sombríos; las mujeres, tímidas, asustadizas, amables, pero con amabilidad monjil. La vida como las cosas y las personas.
Pero en medio de esta rara inmovilidad, secreta y silenciosa como la sorda y lenta labor de la polilla, una guerra, sin treguas ni victorias, una guerra de pasiones bajas, rateras y mezquinas, ruines y dolosas, en que todo bicho viviente toma participación; los unos capitaneados por la envidia, los otros acudillados por la codicia, todos azuzados por la murmuración y aguiñados por la maledicencia de los que se dicen ajenos á toda rencilla y enemigos de chismes y rencores.
En Villaverde se murmura de todos y de todo; se averigua qué hacen, y en qué se ocupan los demás; se lleva cuenta y razón de los actos de cada vecino; nadie ignora hasta lo más secreto de la vida de los demás, y quien vive más alejado de los mentideros,—que los hay á docenas, en boticas y tiendas de ultramarinos—pudiera inventar de memoria las ropas de quienes no pisan los umbrales de su casa más que por Corpus y San Juan.
Puede afirmarse que todo villaverdino, al meterse en la cama por la noche, sabe de cualquiera de sus paisanos cuántas cucharadas de sopa se engulló ese día, así se trate del vecino más conspicuo que del bracero más humilde.
Villaverde no pasará nunca de perico por rro. ¡Qué ha de pasar! Si á sus hijos todo los alarma; todo paso adelante ó atrás los inquieta, y ni por la gloria celestial,—que es cuanto hay que ofrecer—fijarian un clavo fuera del sitio en que le fijaron sus abuelos.
Me diréis:—¿Y los extranjeros? ¿Y los que de fuera vienen, no dan á esa ciudad en petrificación ideas nuevas, nuevas costumbres, savia de vigor que transfundida en ese organismo le rejuvenezca y reviva? ¡Ah! No; el extranjero se aviene pronto al medio. Enriquece en pocos años explotando á los villaverdinos, y se va á gozar á otra parte de los duros atesorados. Algunos, pocos, lo hacen así; los más, á los dos ó tres años de haber llegado son ya unos villaverdinos completos, ni más ni menos que si allí hubieran nacido; como si de rapaces hubiesen gerreado en homéricas pedreas al pie del cerro del Cristo, en pro ó en contra de la Escuela del Cara; como si hubieran *salido* en las dehesas del Escobillar y aprendido latines en los bancos del *posposímico Ocerón*. A poco en nada difieren de mis paisanos; renunen los cuatro reales, se prendan de alguna villaverdina modesta, hacendosa y pacata,—que las hay lindas como una rosa y buenas como el pan de gloria,—y... *lasciate ogni speranza, voi, che entrate!*
La belleza del paisaje, la dulzura del clima y la tranquilidad de la población seducen á quien pone los pies en Villaverde, la budística ciudad extendiendo sus redes misteriosas, y ¡presa segura!
De cierto que los villaverdinos no son localistas, á lo menos de un modo común y corriente, por todo lo vulgar, como los de alguna ciudad vecina. En su localismo se advierte una originalidad digna de ser apuntada. Alardean de recibir bien al extraño; pocas veces alaban y ponderan las cosas de la tierra, antes por el contrario las apocan y menosprecian; miran con indiferencia cuanto hay en su ciudad: la belleza de los campos, la hermosura de las mujeres; critican acerbamente cuanto tienen; fingen que nada de otras partes les sorprende, y podes, con toda libertad, hacer trizas cualquiera cosa de la tierra, en presencia de un villaverdino, seguros de que no dirá nada en contrario, antes bien, acentuará la nota burlesca. Pero si observais con detenimiento á mis paisanos no tardaréis en descubrir que viven pagados y enorgullecidos de sus cosas; que para ellos no hay otras como las suyas, y que no las quieren distintas porque creen, de buena fé, que no las hay mejores.
De lo que sí no hacen misterio, de lo que se muestran francamente satisfechos, es de la